

NOS FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA,
OBISPO DE IBARRA.



A NUESTRO VENERABLE CABILDO ECLESIASTICO,
AL CLERO SECULAR, AL REGULAR Y Á TODOS
LOS FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS:
SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Termina el siglo 19.

*Bonum erat ei, si non esset
natus homo ille.*

Mejor le estuviera á ese hom-
bre el no haber nacido nunca.
(Evangelio de San Marcos, Capítu-
lo décimo cuarto, versículo vi-
gesimo primero).

*Venerables Hermanos y muy amados Hijos en
Nuestro Señor.*

I

DESPUÉS de muy pocos días terminará el penúltimo año de este siglo, y comenzará inmediatamente el año último: el siglo décimo nono está, pues, á punto de concluir, y, al instante, ha de principiar el vigésimo, porque en la marcha de los tiempos no hay treguas ni descanso, y los siglos vuelan, arrastrando al hombre y á todas las cosas humanas en su vertiginosa rapidez. De los que vieron comenzar el

siglo décimo nono ya ninguno existe, y muchos de nosotros, talvez, no lo veremos terminar, con faltar tan pocos días para su término, pues bien puede suceder que los días de nuestra vida sean más pocos, que los escasos días que aún le restan al siglo. Cuando todavía los hombres estén en este mundo contando las salidas y las puestas del Sol, para sumarlas y formar de la suma de ellas sus años y sus siglos, ya para nosotros habrá terminado la mudanza de las cosas temporales, y habremos aprendido por experiencia propia cómo es la perpetua estabilidad de las cosas eternas. El cambio del tiempo nos hace pensar en la constancia de la eternidad, y la sucesión rápida de los siglos nos obliga á considerar la inalterable permanencia de la vida misteriosa que durará eternamente.

Los mortales vamos contando la sucesión de los tiempos, al compás de la mudanza de las cosas humanas, y distinguimos á nuestro modo lo que fué, lo que ya pasó, de lo que aún está por venir: Dios cuenta los tiempos, según los designios inescrutables de su Providencia, y desde toda eternidad tiene eternamente presentes todas las cosas. No obstante, para el hombre el fin de un siglo no puede menos de servirle de motivo oportuno para tributar al Altísimo fervorosas acciones de gracias, haciendo memoria de los innumerables beneficios que su misericordia inagotable no ha cesado de derramar sobre el linaje humano. He aquí por qué nos ha parecido muy laudable el propósito de tributar á Nuestro Señor Jesucristo un homenaje solemne de fe, de amor, de gratitud y de adoración, con motivo de la conclusión del siglo presente: ese homenaje solemne será una manifestación de agradecimiento por el

beneficio incomparable de la redención y por los muchísimos otros beneficios que se incluyen en el de la redención.

En todo el mundo se están preparando los católicos para tributar á Nuestro Divino Redentor ese homenaje solemne, y con ese fin se han formado juntas y se han organizado asociaciones. En esta nuestra Diócesis de Ibarra también hemos tenido cuidado de establecer una Junta promotora del Homenaje solemne á Nuestro Señor Jesucristo; pero, atendidas las especiales condiciones de los pueblos que componen nuestro Obispado, lo único que podremos poner en práctica para tributar á Nuestro Divino Señor el homenaje de adoración, de amor y de agradecimiento, será hacer una comunión reparadora de los sacrilegios, que contra la adorable Eucaristía se cometen en todo el mundo.

Esas grandes peregrinaciones á Lourdes, á Roma, á Jerusalén, para nosotros son de todo punto imposibles: cuantiosas erogaciones, para cooperar al remedio de las necesidades que padece el Padre común de los fieles, tampoco son posibles para nosotros. Nuestro Lourdes, nuestra Roma, nuestra Jerusalén será ahora en esta ocasión, como lo ha sido ya antes, el tabernáculo donde en el augusto sacramento del altar reside, vivo y glorioso, el mismo que obra portentos en Lourdes, que inspira y sostiene á su Vicario en Roma y que consagró y santificó á Jerusalén. Vamos, pues, al pie del altar: ahí está brotando la fuente milagrosa, que cura, limpia y hermosea á las almas: el Sacramento de la Eucaristía es, según dice Santo Tomás, entre los milagros de Dios el mayor de todos los milagros. *Miraculorum ab ipso facterum maximum.*

¿Cómo agradaremos más á Jesucristo? ¿Cómo le tributaremos con mayor solemnidad el homenaje de nuestra adoración? ¿De qué manera le glorificaremos más? Quisiéramos hacer por nuestro adorable Redentor algo que le fuera muy agradable, y no acertamos á dar la preferencia á un acto determinado de virtud: examinemos qué es lo que le desagrada más á Jesucristo, cual es la ofensa mayor que se comete contra su Majestad santísima, y procuremos repararla con verdadero celo. Mas, decidme, ¿cómo conoceremos cuál es la ofensa mayor que se comete contra Jesucristo, sino comparando las ofensas de los hombres con los beneficios del Redentor? ¿Cómo conoceremos cuál es de nuestra parte la injuria mayor, sino comparando nuestras obras con las demostraciones de amor, que hemos recibido por parte de Jesucristo? — Ahora bien, ¿cuál es la obra, en que Jesucristo ha manifestado un amor inmenso é inagotable á los hombres, sino la Eucaristía? La institución del Sacramento de su cuerpo adorable es la gran obra del Hijo de Dios humanado, es la obra en que el Verbo Divino, hecho hombre por amor á los hombres, manifestó á los mortales cuanto era el amor con que los amaba.

Si el Sacramento de la Eucaristía hubiera sido instituido solamente para que los hombres tributaran adoración al cuerpo de Jesucristo, como al instrumento de su redención, la Eucaristía habría sido la obra más admirable del amor de Jesucristo á los hombres; pero la Eucaristía no fué instituida únicamente para que los hombres adoraran el cuerpo de Jesucristo, sino para que ese mismo cuerpo santísimo, recibido sacramentalmente, les sirviera de alimento sobrenatural á sus

almas. La comunión es el fin de la Eucaristía ; la comunión, es decir, la unión más íntima y estrecha que pudiera imaginarse entre los hombres y el Verbo Divino humanado. La comunión es, por lo tanto, la obra en que Jesucristo ha dado á los hombres la mayor prueba de su amor : asimismo, comulgar sacrilegamente es la mayor ofensa que se puede hacer á Jesucristo.

Si queremos, pues, tributar al Redentor un homenaje solemne de adoración, procuremos reparar, mediante una comunión fervorosa, los ultrajes que el Redentor recibe con las comuniones sacrilegas. ¡ El sacrilegio!!! ¡ Ah! El sacrilegio! ¡ El sacrilegio es la gran injuria que se comete contra Jesucristo, el mayor ultraje, con que se corresponde al exceso de su amor! Repararemos los sacrilegios, si descamos tributar á Jesucristo un homenaje solemne de amor y de agradecimiento.

Los sacrilegios no son pecados raros ; los sacrilegios no son pecados, que se cometan de siglo en siglo, no : los sacrilegios son pecados muy frecuentes, y los cometemos los católicos, es decir, los que creemos y confesamos la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. — Procuremos, pues, conocer lo que es el sacrilegio, reflexionemos sobre las circunstancias que acrecientan la malicia de este pecado y ponderemos su gravedad. — Sentimos en nuestra alma una especie de ansia, que nos impulsa á hablaros con frecuencia acerca de la Eucaristía, y nos hallamos deseosos de procurar, por todos los medios posibles, la renovación del espíritu cristiano en nuestra Diócesis ; por esto, ahora, una vez más, la Eucaristía va á ser el objeto de esta nuestra exhortación pastoral.

II

¿ En qué consiste el pecado de sacrilegio ?
¿ Por qué es tan grande su malicia ? — El pecado de sacrilegio consiste, como lo sabéis muy bien, Venerables Hermanos y muy amados Hijos, en recibir la sagrada comunión con el alma manchada de pecado mortal : comulgar en pecado mortal, he ahí en lo que consiste el sacrilegio. Se dice muy brevemente ; cuatro palabras bastan para expresar la idea con toda exactitud ; pero, ¡ cuán espantoso significado ! ¡ Comulgar en pecado mortal ! ! ¿ Será posible que haya quien comulgue en pecado mortal ? ¿ Será posible que haya quien se atreva á cometer tan horrendo pecado ? ¡ Ay ! por desgracia, el sacrilegio no es raro en la Iglesia de Dios ! Ponderemos su malicia, reflexionemos acerca de su enormidad.

Muchas veces, os lo confesamos, Venerables Hermanos y amados Hijos, al distribuir la sagrada Comunión, nos sentimos involuntariamente acometidos de un sentimiento de horror, pensando en la posibilidad de un sacrilegio : un negro velo de melancolía enluta nuestra alma y la mente se fija en tan espantosa consideración. — El sacrilegio es un pecado siempre de malicia y nunca de fragilidad : para cometer un sacrilegio, primero se reflexiona, luego se duda y se vacila un momento ; después se calcula y se hacen consideraciones para acallar los remordimientos de la conciencia y, por fin, se toman precauciones para endurecer adrede el corazón ; para todo esto, se necesita tiempo : el sacrilegio no es un pecado de esos que se cometen de repente y por sorpresa ; ni de esos, en que se cae á causa de una violenta

tentación, que echa por tierra nuestra fragilidad. El sacrilegio es siempre pecado de malicia y nunca de fragilidad: es de cálculo y no de sorpresa: cuando el sacrilego se acerca á la mesa eucarística, va á ella con ánimo deliberado de cometer un crimen, cuya gravedad conoce muy bien: sabe lo que va á hacer, y, aunque comprende toda la iniquidad de su pecado, se adelanta, recibe á Jesucristo sacramentado y se queda tranquilo. El sacrilegio es pecado de malicia y no de debilidad, de malicia calculada y de audacia impía.

Una audacia que pasma, una audacia impía, tal es la segunda circunstancia que caracteriza al pecado de sacrilegio. ¡ Una audacia impía! ¿ Lo dudáis, Venerables Hermanos y amados Hijos? Pues reflexionemos un momento quien es Jesucristo, y nos convenceremos de que, para cometer el pecado de sacrilegio, es necesaria de parte del sacrilego una audacia, fundada en la falta completa de todo sentimiento de fe y de religión. — ¿ Quién es el ofendido por el sacrilego? ¿ Quién es el injuriado? ¿ quién el ultrajado? El ofendido, el injuriado, el ultrajado por el sacrilego es Jesucristo: á quien el sacrilego ofende, injuria y ultraja es Jesucristo. ¡ Jesucristo! El Hombre-Dios, la Segunda Persona de la adorable Trinidad, el Verbo Eterno! . . . En el Sacramento de la Eucaristía está Jesucristo, vivo y glorioso: la sustancia del pan se ha convertido, se ha transubstanciado en el cuerpo del Señor, cuerpo unido indisolublemente con la Persona del Verbo Divino: al Verbo Divino se acerca, pues, el sacrilego, al Verbo lo recibe en su lengua, y el Verbo es hospedado en su pecho. La ciencia de Dios, la misma Sabiduría Infinita, la Palabra personal del Omnipotente, el Verbo, creador de todo cuanto existe,

el Hijo Unigénito de Dios Padre, ved ahí ante quien se pone frente á frente el sacrilego : ved ahí, á quien se aproxima, con impavidez, para ofenderlo, para injurarlo, para ultrajarlo. La Palabra Eterna del Todopoderoso está muda, guarda el silencio del Sacramento : el sacrilego viene, se adelanta, se aproxima ! Desde la Hostia Santa, el Verbo de Dios lo contempla, lo ha tenido presente durante toda la eternidad, lo sacó de la nada, lo sostiene sobre el abismo de la nada, y allí, en ese abismo pavoroso y sin fondo, pudiera hundirlo de nuevo, si quisiera; pero lo deja acercarse, lo permite recibir el Sacramento : al contacto del cuerpo del Señor, parece que la Majestad del Verbo fuera á aniquilar al sacrilego ; no obstante, el sacrilegio se consuma, dejando tranquilo al culpable. ¿No es verdad que para comulgar sacrilegamente se necesita audacia, y gran audacia? ¿No es verdad que tanta audacia sería imposible, sino se hubiesen amortiguado en el alma todos los sentimientos de fe y de religión ?

El pecado de sacrilegio no es pecado en que se cae por ignorancia ; antes, se comete con pleno conocimiento de lo que se hace : se conoce su gravedad, se advierte su malicia, y, á pesar de eso, se consuma el pecado. El sacrilego es audaz, el sacrilego es atrevido : ¿ en qué funda su audacia ? En qué apoya su atrevimiento ? Funda su audacia en la mansedumbre de Jesucristo, y cobra bríos su atrevimiento, por la paciencia del Redentor : de dos cosas tiene plena seguridad el sacrilego : primera, de la enormidad de su pecado, y segunda, de la paciencia de Jesucristo. Convencido de la gravedad de su pecado, lo comete á sangre fría, sin temor ni inquietud ninguna, porque está seguro de que por su pecado no le ha de

acontecer inmediatamente ningún mal temporal. Sabe el sacrilego que Dios es justo, reconoce que Dios es omnipotente, y no teme ofenderle cometiendo tan enorme pecado, porque está seguro de que Jesucristo es manso, de que Jesucristo es bondadoso, de que Jesucristo es paciente. ¿Habría algún pecador tan temerario, que se atreviera á cometer un sacrilegio, si supiera que, al acercarse á la mesa de la Eucaristía, había de quedar allí muerto al instante? ¡Qué decimos, si supiera! Bastaría una ligerísima sospecha, para retraerlo de consumar el sacrilegio.

No es tampoco necesario suponer que el castigo del sacrilegio sea la muerte instantánea; pues, para hacer de todo punto imposible el sacrilegio, sería suficiente que el pecador supiera que la consumación de su pecado le había de acarrear la pérdida de sus bienes terrenales ó algún mal temporal, aunque fuese pequeño. Lo que hace tan enorme la gravedad del sacrilegio es, pues, el abuso que de la paciencia de Jesucristo comete el sacrilego: yo ofendo á Dios, porque Dios es bueno: así discurre en su corazón el sacrilego: yo le ultrajo, porque Dios es paciente y sufrido: yo le injurio, porque Dios es mansísimo: si Dios no fuera tan bueno, yo no me atrevería á ofenderle: si sospechara que Dios me ha de castigar el sacrilegio en el momento mismo de cometerlo, yo no me atrevería á cometerlo: como Dios es tan paciente, yo no me recelo de ofenderle. Así discurren en su corazón los sacrilegos.

El fundamento del sacrilegio es, por lo mismo, la impunidad: esa impunidad es temporal, y el sacrilego se apoya en ella para ofender á Dios. Pero ¿acaso, el sacrilegio no es castigado terriblemente por Dios? ¿Acaso, el sacrilegio no es

castigado terriblemente por Dios en el mismo instante, en que el pecador acaba de cometerlo? ¿No serán castigos, y castigos muy terribles, las oscurísimas tinieblas sobrenaturales en que es envuelta el alma, el endurecimiento del corazón, la insensibilidad de la voluntad para todo lo bueno y ese hondo malestar y ese misterioso desabrimiento y esa inquietud tormentosa, que acomete al espíritu en el punto mismo, en que el pecador consume el sacrilegio? Verdad es que el sacrilego desprecia la gracia divina y todos los bienes sobrenaturales; verdad es que el sacrilego no hace caso de los crueles tormentos que le esperan en la eternidad; verdad es que el sacrilego no toma en cuenta para nada la espantosa vergüenza con que ha de ser afrentado en el infierno, porque el pecado de sacrilegio nace del amortiguamiento de la fe, y destruye la fe y la extingue por completo en el alma. El lugar que la fe deja vacío en el alma del sacrilego, lo ocupa, al instante, la irreligión, la impiedad: el camino más expedito para llegar derecho á la impiedad, es el sacrilegio. Si en el mundo no se cometieran sacrilegios, no habría impiedad en el mundo.

Cuando los Filisteos lograron apoderarse de Sansón, merced á la debilidad en que había caído el antes esforzadísimo juez de Israel, lo primero que hicieron, para vengarse de él, fué reventarle los ojos y dejarlo ciego: así ciego y con entrambos ojos apagados, privado de su milagrosa fortaleza, Sansón era escarnecido por sus enemigos, que se entretenían en burlarse y en mofarse de él: la debilidad de Sansón, la ceguera de Sansón era el fundamento de la tranquilidad con que los Filisteos le ultrajaban: si los Filisteos hubieran comprendido que Sansón habría recobrado ya su

fortaleza extraordinaria ¿se habrían burlado de Sansón? En este hecho de la historia sagrada ¿no véis, Venerables Hermanos y amados Hijos, figurado muy al vivo el atrevimiento de los sacrílegos contra Nuestro Señor Sacramentado? El divino Sansón está voluntariamente débil, se ha despojado de su fortaleza: sobre su cuerpo adorable se han apretado las ligaduras de los accidentes sacramentales, y helo ahí al vigoroso, al esforzado, al omnipotente, hecho el blanco de las burlas y de las injurias de sus enemigos!! Sus enemigos están contentos, porque confían en la paciencia de Sansón, á quien lo creen débil. . . . ¡Ah! El ciego del Sacramento es el Verbo Eterno! ¡El débil de la Eucaristía es el Omnipotente! ¿Los Filisteos se hubieran burlado de Sansón, si lo hubiesen creído fuerte? Lo habrían escarnecido, si no hubiera estado ciego? Los sacrílegos ¿ultrajaran á Jesucristo, si Jesucristo no fuera tan manso? La mansedumbre de Jesucristo en el Sacramento es la debilidad de Sansón, ciego de entrambos ojos y en manos de sus enemigos: ha ocultado su divinidad bajo la forma de hombre y ha escondido su humanidad bajo los accidentes del Sacramento!

III

Todo pecado es siempre una injuria hecha á Dios, y de algún modo ataca los atributos divinos: en las profanaciones de otros sacramentos se ofende á Dios despreciando la gracia; en la profanación de la Eucaristía no es la gracia lo que se desprecia, sino la persona misma del autor de la gracia, que es el Hijo de Dios, y lo que se profana es

el cuerpo de Jesucristo, que fué el instrumento con que el Redentor nos mereció la gracia. Jesucristo mismo, en su persona adorable, es el ultrajado con el sacrilegio.

Ponderemos, Venerables Hermanos y amados Hijos, esta circunstancia. — Jesucristo es verdadero hombre: ¿no sentirá como hombre las injurias? ¿Será imposible á las ofensas? ¿Será indiferente á los ultrajes? El no sentir las injurias ¿de dónde le provendría? ¿Acaso, de no conocerlas? ¿Talvez, de la indiferencia respecto de la excelencia suma de su dignidad incomparable? ¿Por ventura, del desprecio á los mortales? ¿De dónde le provendría? Jesucristo no es ni puede ser indiferente á los ultrajes que se le hacen; y es tanto menos indiferente, cuanto son mayores el conocimiento que tiene de sí mismo, y el amor con que ama á los hombres: la impasibilidad sería una prueba de imperfección, y en el Hombre - Dios no cabe ni puede haber imperfección alguna, ni aún la más leve.

Nuestro Señor Jesucristo ¡ah! cuán perfecto es! ¡Cuán admirable, cuán acabada no es la hermosura de su alma santísima! Si fuera indiferente al honor, á la gratitud, á la adoración que se le deben, dejaría de ser quien es, no sería el Dios verdadero. ¿Acaso, no es Jesucristo el Juez de vivos y muertos? ¿Cómo sería infinitamente sabio, si mirara con igual indiferencia el bien y el mal? ¿Cómo sería infinitamente santo, si aceptara del mismo modo el ultraje que la adoración? ¡Ah! No: Jesucristo es sensible á las injurias, Jesucristo es reconocido á la gratitud, y, lo que es más, Jesucristo quiere, busca, exige que lo amemos los hombres.

El desagradecimiento de los nueve leprosos

curados milagrosamente le hizo dar señales de sorpresa y de desagrado: le complacía la gratitud, le desagradaba la indiferencia á sus beneficios. Zaqueo, el publicano de Jericó, tiene deseo de conocer á Jesucristo; corre, sube precipitadamente á un árbol, y ahí se está mirando pasar al Señor: la acción de Zaqueo conmueve á Jesucristo, y se la remunera haciéndose su huésped. ¿Será indiferente ahora á los ultrajes que recibe en el Sacramento?

Simón, llamado el leproso, convida á Jesucristo: acepta el Redentor el convite, dispuesto para obsequiarle; pero Simón no tributa al Maestro soberano los homenajes y las atenciones que la cultura y la etiqueta judaica prescribían para honrar á los huéspedes, y la desatención del fariseo hiere á Jesucristo, y le arranca una delicada reconvención. Simón, le dice: tengo que proponerte una cuestión. — Maestro, proponed la que queráis, le contesta el fariseo, y el Señor le reconviene con una delicadeza encantadora, haciendo al mismo tiempo la defensa y el elogio de la humilde penitente, Santa María Magdalena, que yacía derribada á sus pies. Simón, le dice, entré á tu casa, y tú no me diste el ósculo de la bienvenida: esta mujer, empero, desde que entró aquí, no ha cesado de besar mis pies. — Tú no me ofreciste agua para lavar mis pies: ésta los ha bañado con sus lágrimas: tú no perfumaste mi cabeza, y ésta, con bálsamo oloroso ha ungido mis pies. Aquel á quien más se le ha perdonado ése tiene deuda de mayor amor. — Estas palabras del Maestro celestial, esta delicada reconvención al fariseo, que, invitándolo á su casa, no le tributó las atenciones debidas, ¿no manifiestan cuán sensible es el Corazón de Jesucristo á los ultrajes y á

las adoraciones?—En la divina Eucaristía ¿quién es el huésped? ¿Quién es el que invita? ¿De parte de quién vienen los ultrajes? ¿No es Jesucristo el que convida al pecador al banquete eucarístico? ¿No es Jesucristo el dueño del convite? ¿Quién es el convidado, sino es el pecador? ¿Y de qué se podrá quejar el pecador? . . . En la mesa eucarística, á la cual se sienta el sacrilego, el que le sirve es el mismo Señor, que, para regalar al recién venido, ha agotado todos los tesoros de su poder, de su bondad y de su amor, que no tiene límites. ¡Con qué gracia no está pronto á honrarle! ¡De cuán inmenso y paciente amor no le hace el gasto al sacrilego! . . .

Yo os preguntaré con San Agustín: decid, Venerables Hermanos y amados Hijos: ¿cómo merecería ser reprendido el que se atreviera á tocar la sagrada Forma con las manos sucias de lodo? Y, si, para manosear la sagrada Forma, se empuerara adrede las manos, ¿no os llenaríais de un santo horror? Podríais mirar con indiferencia semejante profanación? — Pues ¿qué tiene de comparable esa profanación con el sacrilegio? El lodo, las manos sucias ¿qué son respecto del alma culpada de pecado mortal? Por qué el sacrilegio no nos espanta? por qué el sacrilegio no nos horroriza?

El sacrilegio á Jesucristo le llena de indignación: ¿quisierais tener alguna señal de esa indignación? Abrid el santo Evangelio y leeréis que el Redentor, en dos ocasiones, dió muestras exteriores de grande enojo y de terrible indignación: ambas veces fué contra los que profanaban el templo de Jerusalén: trastornó las mesas de los que cambiaban dinero, derribó los asientos de los que vendían palomas y, haciendo un látigo de corde-

les, arrojó fuera á golpes, á los profanadores de la casa de Dios. Por qué tanta indignación en el Señor? ¿Cómo tanto enojo con tan divina mansedumbre? Jesucristo enojado? ¡Airado el mansísimo? . . . ¡Ah! El templo de Jerusalén era un símbolo profético de su cuerpo santísimo; por esto, la profanación del templo le indigna: quiere darnos una lección que nos inspire horror saludable al sacrilegio. ¿No le indignará á Jesucristo el sacrilegio? . . . ¿No le llenará de enojo? ¿Habrá de hoy en adelante quien desafíe la cólera santa del Hombre - Dios?

A los que le preguntaron con qué autoridad castigaba á los profanadores del templo de Jerusalén, les dió el Señor por respuesta el anuncio de la futura resurrección de su cuerpo adorable, que antes había de ser profanado con los ultrajes de la pasión. ¿No era el templo de Jerusalén una representación mística del cuerpo de Jesucristo?

Jesucristo se dignó aceptar con agradecimiento el homenaje de adoración y de afectuosa reverencia de María Magdalena, cuando la Santa derramó sobre la cabeza del Salvador aquel perfume de nardo precioso, pocos días antes de la pasión: entonces defendió una segunda vez á la humilde penitente, de cuya acción se puso á murmurar como de un gran desperdicio el Apóstol traidor, y anunció que ese acto de religiosa piedad sería predicado con elogio en todo el mundo. ¿Será indiferente tan sólo respecto de los ultrajes que recibe en el adorable Sacramento? Dejadla, dijo, dirigiéndose á sus Apóstoles: dejadla: ¿por qué afligís á esta mujer? Buena obra ha practicado conmigo: se ha apresurado á ungir mi cuerpo, que muy pronto será sepultado. ¡Cuán abo-

minable no deberá ser el sacrilegio para el Salvador! ¡El sacrilegio! ¡Crimen espantoso! ¡Pecado, que hiela de pavor á los Angeles!

Otra circunstancia hay todavía muy digna de ponderación respecto de la gravedad del sacrilegio, y es el estado de completa y asombrosa debilidad en que, voluntariamente, se ha puesto Jesucristo en el Sacramento: no hay estado más inerme que el de Jesucristo en la Eucaristía, ni nadie es más desvalido que el Redentor en el Sacramento. — En efecto, dos situaciones hay, en las cuales se ostenta la debilidad humana, y son la de un anciano, y la de un niño, hechos víctima de un enemigo, de un perseguidor. Dar de golpes á un anciano, encanecido por la edad, á un anciano, encorvado ya por el peso de los años, es acción abominable, es acción que llena de horror: el viejo es débil, carece de fuerzas, no puede defenderse: maltratado á golpes, inspira compasión, aunque sea un criminal. ¿Y si es un hombre virtuoso? Y si es un varón benemérito? ¡Cuánto no se aumentaría el horror si el que golpeara al anciano fuera un propio hijo suyo?

Pero, hay todavía otra debilidad mayor que la del anciano, y es la del niño: el anciano puede hablar, puede dar voces, puede implorar socorro; el niño apenas puede gemir, apenas puede dar ayes; está indefenso, es un desvalido. Los hermanos de José, cuando se vieron, tan sin pensarlo, convencidos de haber hurtado el vaso del Virrey de Egipto, llenos de dolor, reconocían en los trabajos que estaban padeciendo una justa expiación de lo que habían hecho con su hermano, siendo José todavía niño: con razón padecemos, decían; porque pecamos contra nuestro hermano, viendo la angustia de su alma, cuando nos

rogaba y no le oímos. *Dum deprecaretur nos, et non audivimus* (1).

¿Quién más inerte que Jesucristo en la Eucaristía? ¿Quién más indefenso? ¿Quién más desvalido? ¿Qué debilidad es comparable con la suya? ¿Por ventura, la del anciano? ¿Acaso, la del niño? No! Ninguna! Jesucristo en el Sacramento es todavía más débil que un anciano, más inerte que un niño!! ¿Se le ha oído alguna vez quejarse? Se sabe que siquiera haya exhalado un gemido? Callado, silencioso, mudo, sumido en el más completo anonadamiento, puede padecer ultrajes y no puede ni defenderse ni quejarse!! José, cuando sus hermanos lo estaban desnudando para arrojarlo á la cisterna seca, donde habían resuelto hacerlo perecer de hambre, lloraba y con lágrimas imploraba, en vano, la compasión de sus hermanos! Jesucristo es más desamparado, más débil, más indefenso! ¿Habrá debilidad comparable con la de Jesucristo en el Sacramento? Será posible niño más indefenso?

IV

En el santo Evangelio hay un hecho, en el cual se hallan puestas de manifiesto todas las horribles circunstancias del sacrilegio, y principalmente del sacrilegio cometido por los sacerdotes en el sacrificio de la Misa: ese hecho es la traición de Judas. — Este desventurado Apóstol es el tipo y el ejemplar consumado de los sacrilegos, y lo será hasta la consumación de los siglos. Su hipocresía astuta, su calculado disimulo, su fementida cortesía y su impavidez asombrosa son

(1) Génesis, cap. XLII, v. 21.

las cualidades que caracterizan á todos los sacrílegos.

Judas andaba en compañía de Jesucristo, Judas se molestaba con el fervor y la devoción de la Magdalena, Judas asistió á la institución de la Eucaristía ; se dejó impassible lavar los pies por Jesucristo, oyó tranquilo las amorosas reconvencciones de Jesucristo, se mantuvo impávido á pesar de las terribles protestas que contra la traición hacía el Señor, y disimuló hasta el fin el crimen saugriente de su infame venta. — Estuvo sentado á la mesa de la Eucaristía, apretando en su mano las monedas de la traicionera venta ; en el huerto se acercó al Maestro, con fingidas muestras de cariño ; le saludó con hipocresía, le dió el abrazo de amigo y estampó en su mejilla el péfido ósculo, con que lo entregaba en manos de sus enemigos. ¿ No es esta una imagen patética del sacrílego ? El sacrílego ¿ no se acerca á recibir la comunión, con demostraciones exteriores de devoción y de recogimiento ? No se arrodilla ? no se postra en tierra ? no inclina la cabeza ? no baja al suelo la mirada ? no se da golpes de pecho ? ¡ Ah ! sacrílego ¿ qué calculada es tu traición ! ! ¡ Cuán seguro estás de la manse dumbre de Jesucristo ! ¡ Qué cuentas tan prolijas no has echado ya á tus solas sobre la paciencia del Redentor ! Si Jesucristo no fuera tan misericordioso, te atreverías á ofenderle, á ofenderle así, con tanta impavidez, con tanta sangre fría ?

En Judas no hicieron mella las protestas de Jesucristo contra la traición, porque no hay corazón más endurecido que el corazón de un sacrílego, y, á causa de tan peligroso endurecimiento, fué pronunciada contra los sacrílegos aquella es-

pantosa sentencia: A ese tal le estuviera mejor no haber nacido nunca. *Bonum fuerat ei, si non esset natus homo ille.* ¿Dónde, en qué lugar ofende á Dios el sacrilego? ¿Dónde? Le ofende en el templo, al pie del altar, en la mesa eucarística, allí le ofende, es decir en el lugar de la oración, en el punto destinado para darle gloria, para ofrecerle sacrificios, para implorar el perdón de los pecados. . . . Y ¿en qué circunstancias ultraja á Dios? . . . Le ultraja convirtiendo el acto más sagrado que tiene la Religión en un pecado abominable, y sirviéndose de la práctica más santa como de medio y de ocasión propicia para hacer á Dios la injuria mayor, la ofensa más insolente contra su adorable Majestad. ¡Oh! qué pecado tan detestable es el sacrilegio! qué pecado tan detestable!

San Juan, refiriendo en su Evangelio cómo Jesucristo se quejó de la traición de Judas, y con cuanta energía protestó contra ella, hace notar que el Señor se turbó á sí mismo. *Turbatus est spiritu: et protestatus est, et dixit: Amen, amen dico vobis: Quia unus ex vobis tradet me* (1). El Hijo de Dios humanado hizo voluntariamente que se enturbiara la divina serenidad de su alma santísima, viendo al traidor sentado con tanta impavidez á la mesa eucarística, y con esa voluntaria turbación de su alma santísima y con esas vehementes protestas contra la traición, dió á conocer cuánto le ofendía el sacrilegio. ¡Santa y adorable Eucaristía! ¡oh! Profanada Eucaristía! ¡Sacramento del amor inmenso de Dios á los míseros mortales! ¡Perdón, perdón, mil veces perdón!

(1) Evangelio de San Juan, cap. XIII, v. 21.

Vamos al altar del Divino Sacrificio, y allí derrítase de dolor nuestro corazón, y con el alma renovada en las regeneradoras lágrimas de la penitencia, acerquémonos á la comunión, para recibir el Cuerpo del Señor en el Sacramento de la Eucaristía: tenemos tiempo para hacer penitencia, aprovechemos del tiempo para hacerla sincera y agradable á Dios. La Santísima Virgen, cuando se apareció en Lourdes, clamó exhortando al mundo entero á hacer penitencia. ¡ Penitencia, penitencia, penitencia!, fué la palabra que por tres veces repitió la Virgen Inmaculada. — A esta nuestra exhortación, en que os hemos hablado del pecado de sacrilegio, no le podemos poner fin, sino clamándoos y rogándoos que hagáis penitencia. Hagamos penitencia, expiemos el pecado de sacrilegio, reparemos los ultrajes cometidos contra el Sacramento, procuremos resarcir las injurias con el más fervoroso agradecimiento.

Dada en Ibarra, el día 27 de Noviembre de 1898, en la Primera Domínica de Adviento.

✠ **FEDERICO**

OBISPO DE IBARRA.



